

Esposa, madre, comerciante, artesana, litigante, propietaria, gobernante, poeta, guerrillera, la mujer indígena ocupó diversos y determinantes roles durante los tres siglos que siguieron a la conquista, la mayoría de ellos ajenos a las mujeres españolas.

Especialmente importante resulta en estos ensayos la terminología empleada para referirse a las relaciones entre mujeres y hombres ¿fueron ellas iguales o inferiores a ellos? ¿existió una verdadera equidad o fue la subordinación de la mujer a las actividades y necesidades del hombre el rasgo que las caracterizó? La mujer compartió con el hombre obligaciones y responsabilidades, algunas veces, incluso, se pudo advertir una equidad de género en sus funciones. Esto explica, en cierta medida, el empleo de términos como “paralelismo” “reciprocidad” y “complementariedad”. Este último estrechamente vinculado con la cosmología de determinadas culturas. Se sabe, por ejemplo, que en el estudio de las sociedades mixtecas y zapotecas predomina dicho concepto ya que según su apreciación, el universo estaba constituido en dos partes: una femenina, la tierra y una masculina, el cielo. Algunos autores señalan las diferencias semánticas de estos vocablos y puntualizan que ni “complementariedad” ni “paralelismo” tienen la misma connotación que “igualdad”; hay, incluso, quienes proponen neutralizar dichos términos.

Lo cierto es que la mujer indígena tal como nos la presentan los investigadores que intervienen en este libro es más que la hija obediente y la madre abnegada. Es un ente productivo que llegó a ejercer en ciertos casos un liderazgo político y social determinante. Es quien con celo preserva las tradiciones de su pueblo pero quien también interactúa con un nuevo entorno.

Louise M. Burkhart, Arthur J.O. Anderson, Pedro Carrasco, Rebecca Horn, Susan Kellogg, Robert Haskett, Stephanie Wood, Ronald Spores, Lisa Mary Sousa, Kevin Gosner, María Espejo-Ponce Hunt, Matthew Restall, Susan M. Deeds, Leslie S. Offutt, Frances Karttunen, así como la esclarecedora introducción de Susan Schroeder y las puntuales recapitulaciones de Stephanie Wood y Robert Haskett contribuyen indudablemente a enriquecer los estudios de género que han cobrado gran auge en la actualidad, pero también aportan significativamente al análisis de uno de los componentes social, económico y político fundamentales de la compleja sociedad novohispana.

PILAR MÁYNEZ

Michael Graulich, *Mythes et rituels du Mexique ancien préhispanique* (Mitos y rituales del México antiguo), Académie royale de Belgique, Louvain-la-Neuve, 2000 [primera edición: 1987], 463 p.

Con esta segunda edición francesa de *Mythes et rituels du Mexique ancien préhispanique*, se reitera la importancia adquirida por la tesis de doctorado de Michel Graulich en el ámbito de las cuestiones relativas a los mitos y rituales de la cultura mexicana. El ambicioso propósito del autor consiste en realizar una síntesis de la religión mexicana desde una perspectiva comparativa. Partiendo de la suposición de que, debido al desconocimiento por parte de los mexicanos del año bisesto, la celebración de los rituales agrícolas se había desfasado con el periodo del año que le correspondía originalmente, el autor se aplica en desatar los mitos y los rituales de su pretendido valor histórico y social, tratando de entenderlos por sí mismos. En la primera parte, convencido de que existe una unidad de fondo en la mayoría de las mitologías mesoamericanas, el autor procede a valiosas comparaciones de los ritos y mitos mexicanos con documentos antiguos de otras culturas mesoamericanas, en particular con el *Popol Vuh*, libro sagrado de los mayas quichés, "posiblemente el único libro que haya sido escrito por indios y para indios". Siendo las fuentes antiguas muy limitadas para el entendimiento de los mitos, como se observa en un primer capítulo enteramente dedicado a las fuentes, los elementos míticos encontrados son confrontados con relatos recopilados en el espacio mesoamericano contemporáneo.

Este interesante recorrido permite a Graulich observar que la mayoría de los mitos mesoamericanos cuentan siempre la misma historia, la de una ruptura entre el cielo y la tierra, originado por una transgresión, identificada por el autor como similar al pecado original de la mitología cristiana. Este acontecimiento es representado cíclicamente en el ciclo del día, desde la subida del sol al zenit hasta su gradual bajada hacia el nadir, desde la luz hasta la oscuridad. El sacrificio asegura la permanencia de la luz sobre la tierra, siempre amenazada de recaer en las tinieblas. El esquema del día sirve entonces, según Graulich, tanto para explicar la vida de los hombres, el pasaje de la juventud a la vejez, como el transcurrir de los años y de las eras:

La historia que cuentan los mitos es la del universo, de un pueblo, de la vida, de una era, de un año, siempre comparada a la de un día. Este último proporciona el modelo de todos los opuestos binarios porque es a la vez luz y tinieblas: pero el día que conciben los mesoamericanos resuelve todos los opuestos.

El esquema de los mitos se elabora en tres partes: 1) la unión de los opuestos, 2) la disyunción de los opuestos, 3) el equilibrio de los opuestos realizado por medio de la alternancia. Dicha estructura sirve también para explicar los mitos relativos a la peregrinación, como el de Aztlan, donde una transgresión inicial causa la ruptura entre los hombres y sus divinidades, por lo que los hombres se ven condenados a vivir un largo viaje en la oscuridad hasta por fin

volver a encontrar un lugar de origen. Según Graulich, la mayoría de los relatos de peregrinaciones siendo mítica, sería erróneo utilizarlos como fuentes históricas.

El autor vuelve también a manifestar cierto escepticismo frente a la interpretación de los mitos bajo la modalidad de datos históricos en el caso de la herencia tolteca de los mexicas afirmando que: “ya no se puede calificar de ‘historia’ de los toltecas los mitos que codifican sobre todo en términos astrales el surgimiento y el declino de una hegemonía, de una era, de una civilización”.

En la segunda parte del libro, titulada “Los ritos de las veintenas”, Graulich procede a una nueva interpretación del calendario ritual de los mexicas. Como ya mencioné, la ausencia de algún tipo de reajuste en el contar de los días hubiera ocasionado, según el autor, un serio desfase entre las fechas de celebraciones de los rituales y los eventos que se pretendía conmemorar y “las fiestas de la cosecha habían acabado por celebrarse durante la época de la siembra”. Proponiendo por un lado la fecha en la que los ritos coincidieron aún con el buen periodo del año, es decir, 682 d.C., y, por otro lado, reponiendo en su posición original la veintena *Atlcahualo*, el “cese de las aguas” (entre el 10 y 29 de agosto), Graulich propone restablecer la posición original de las veintenas, reorganizando la sucesión de todas las dieciocho. El *Ochpaniztli* vendría a coincidir con el principio del año, es decir, con el inicio de la estación de lluvias, por lo que se transformaría el calendario ritual de los mexicas en un todo perfectamente coherente.

Los mitos y los rituales recuperan su lógica y ya no aparecen como un enredo incomprensible de fechas y lugares. No cabe duda que este libro se ha convertido en un clásico en el ámbito de los estudios mesoamericanos, no sólo por sus meritorias aportaciones a múltiples debates sobre el pensamiento religioso de los mexicas, sino por haber proporcionado un modelo original y erudito para las investigaciones sobre el orden del pasado.

PATRICE GIASSON